

LA RECONCILIACIÓN PARA LOS FIELES DIVORCIADOS VUELTOS A CASAR

La situación de los fieles divorciados y vueltos a casar es dolorosa y, en cierta manera, incongruente: por una parte, se les considera “fieles”; por otra, se les priva del acceso a los sacramentos, en especial el de la eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana. Es loable la insistencia de la Iglesia en la indisolubilidad del matrimonio. Sin embargo, una comprensión más “personalista” de este sacramento y el acompañamiento a hombres y mujeres que han sufrido el drama del fracaso de su matrimonio e intentan rehacer su vida en otra unión conyugal parece imponer la necesidad de una solución más de acorde con el “Evangelio de la misericordia”. He aquí lo que se propone el autor de este artículo.

La réconciliation pour les fidèles divorcés remariés, Revue théologique de Louvain 32 (2001) 321-352

Los documentos del magisterio referentes a los divorciados vueltos a casar se han multiplicado en los últimos tiempos. En diversas intervenciones, las autoridades reafirman con fuerza que la Iglesia católica, en este dominio como en todos los otros, no hace más que seguir la ley de Cristo. “La Iglesia no tiene poder para pronunciarse contra esta disposición de la sabiduría divina” (Catecismo de la Iglesia Católica, nº 1640). Numerosos cristianos, comprometidos o no en un segundo matrimonio, no lo comprenden y piensan que la Iglesia, en este terreno, se aleja del Evangelio de la misericordia.

La situación de los divorciados casados de nuevo, además del sufrimiento que les crea, es una cruz para la Iglesia, al menos en los países occidentales donde el matrimonio ha evolucionado tanto, y donde el divorcio alcanza proporciones inquietantes. Un número muy elevado de personas fracasan en su matrimonio y se divorcian. Si son católicos y se casan de nuevo civilmente, ven prohibido el acceso a los sacramentos. Tal es la disciplina actual de la Iglesia católica.

El problema ha llegado a ser muy importante teológicamente y muy generalizado pastoralmente, para que se continúe preconizando la simpatía para con los divorciados vueltos a casar, recordando que siguen siendo miembros de la Iglesia (el magisterio siempre les llama “*fieles* divorciados vueltos a casar”), invitándoles calurosamente a tomar parte en la vida eclesial, para luego mantenerlos apartados de la fuente eucarística de la vida cristiana. A quienes se encuentran en esta situación, les es difícil vivir así.

La intención no es cuestionar la interpretación de los textos bíblicos. No se trata de poner en duda la indisolubilidad del matrimonio, o de minar la confianza de las parejas cristianas unidas según los valores del Evangelio y dichas de crecer en la fidelidad dada. Este ensayo pretende buscar cómo salir de la situación inextricable, creada por el aumento creciente del número de divorcios, ante una legislación canónica, que permanece invariable. El segundo matrimonio de los fieles divorciados es el único caso en el que la reconciliación sacramental no es posible.

Este artículo analizará la disciplina de la Iglesia católica en este tema, para captar sus dinámicos. Luego se estudiarán las insatisfacciones provocadas por el estado actual de las cosas, sobre todo dos: la concepción del matrimonio y la ausencia habitual del recurso al sacramento de la reconciliación. Esclarecidos estos dos puntos, se propondrá una camino de solución.

LA DISCIPLINA DE LA IGLESIA CATÓLICA Y SU LÓGICA

La disciplina de la Iglesia católica respecto a los fieles divorciados vueltos a casar se funda en la doctrina del matrimonio considerada como indisoluble en virtud de la interpretación que ella hace de los textos bíblicos (Mc 10,1-12 par.; 1Co 7,11). No se toma en consideración la eventual excepción prevista por el famoso inciso mateano (5,32).

Esta doctrina se comprende no sólo como un imperativo moral (el vínculo conyugal no se debe romper), sino también como una ley canónica (ni puede hacerse). El canon 1141 se expresa así: “El matrimonio rato y consumado no puede ser disuelto por ningún poder humano, ni por ninguna causa fuera de la muerte”.

Entraña, por tanto, una doble indisolubilidad: la intrínseca y la extrínseca. La primera significa que un matrimonio válido no puede ser roto por los propios cónyuges. Pueden separarse: los cánones 1151-1155 lo prevén, pero la “separación de cuerpos” no implica la ruptura del vínculo matrimonial. Y aquí se da una de las paradojas de la situación actual: aunque los documentos magisteriales hablan constantemente de los “divorciados vueltos a casar”, la Iglesia católica no conoce el divorcio, y menos aún el segundo matrimonio (salvo en caso de muerte del primer cónyuge). Son términos que deben entenderse desde el derecho civil.

La indisolubilidad extrínseca quiere decir que ninguna instancia exterior a los cónyuges puede romper válidamente su matrimonio rato y consumado. Salvo casos particulares y raros (cánones 1141-1150), la Iglesia no se reconoce con el derecho de separar a los que Dios ha unido. Nunca anula un matrimonio válido. No conoce la anulación del matrimonio, aunque sí un procedimiento de declaración de nulidad, que consiste en reconocer que, en derecho, tal matrimonio nunca se ratificó válidamente, en función de exigencias objetivas y subjetivas del compromiso matrimonial, tal como la Iglesia lo concibe.

La disciplina de la Iglesia católica difiere de la de otras comunidades cristianas. La Iglesia ortodoxa, que participa de la misma comprensión teológica del matrimonio, permite, sin embargo, celebrar un segundo matrimonio (incluso un tercero), por el “Oficio de segundas nupcias”, que comporta acentos penitenciales (a causa del primer vínculo, roto). Y lo hace no “según la acribía”, en virtud de la cual reprueba la ruptura del primer matrimonio, sino según “la economía”, es decir, teniendo en cuenta la realidad del fin del primer vínculo¹.

¹ “Aciribía” es una palabra griega que significa exactitud. La “economía”, en este caso, hace referencia a la economía salvífica, es decir, a la acción de Dios para con los hombres. El sentido de esta manera de actuar de la iglesia ortodoxa sería, por tanto, el siguiente: en sí, independientemente de cualquier otra consideración, la ruptura del matrimonio es reprobable; pero, teniendo en cuenta el bien de los fieles, la iglesia tolera un segundo (e, incluso, un tercer) matrimonio (N.R.).

Los Protestantes no reconocen al matrimonio la misma consideración teológica. No se alegran de la ruptura del vínculo, pero aceptan generalmente los procedimientos civiles en uso.

La Iglesia católica no sanciona canónicamente a los cónyuges que se separan, porque no es contra la ley de la Iglesia. Y si los excónyuges creen que han pecado, se les puede dar la absolución. Las sanciones canónicas vienen si uno de los esposos de un matrimonio válido se casa otra vez, pues esto va en contra de la indisolubilidad del primer vínculo conyugal.

El segundo matrimonio, situación permanente y pública

El nudo del problema radica en el segundo matrimonio, pues no se trata de un acto pasajero, sino que se entra en una vida que se desea durable. Se interpreta así, como la prueba de no arrepentimiento, puesto que la conversión implicaría el abandono del segundo vínculo. Y la ausencia de arrepentimiento entraña la imposibilidad de la absolución. No es que la ruptura del primer vínculo o la instauración del segundo sean consideradas como un pecado irremisible, pues, dicho evangélicamente, “para todo pecado hay misericordia”, pero para corresponder a la misericordia de Dios, hay que arrepentirse de la falta y quitar la situación que la suscita, que es lo que se comprueba imposible en un nuevo vínculo, que se pretende duradero. Ello tiene como consecuencia la imposibilidad del acceso a la comunión eucarística, aunque pueden participar de la celebración eucarística. Ésta es la sanción más importante que experimentan los fieles divorciados vueltos a casar.

Pese a una cierta opinión pública, esos fieles no están excomulgados. Siguen siendo bautizados y miembros de la Iglesia. Pero están excluidos de la comunión eucarística y de otras responsabilidades, como, por ejemplo, poder ser padrinos o catequistas, por su comunión no plena con la Iglesia.

ANÁLISIS DE ESTA DISCIPLINA

Sea cual sea la apreciación que uno haga de esa disciplina, hay que reconocer que comporta una lógica. No se trata de un acto reflejo de malhumor respecto a los fieles divorciados casados de nuevo, o de una actitud caprichosa. Las decisiones pastorales responden a una comprensión teológica.

Y esto es lo que crea una parte del malestar. Porque las reacciones de los fieles divorciados vueltos a casar, y de muchos otros, surgen a partir de la constatación de que el primer matrimonio ha fallado, causando mucho sufrimiento, y que una segunda unión aporta un poco de bálsamo, un sosiego, un renacer y una fe renovada en el amor. A estas reacciones situadas en el plano psicológico y existencial, les cuesta entender un lenguaje racional y lógico, que tiende a devolverles a la primera unión, que era un drama.

La situación actual hiere principalmente a los cristianos divorciados casados otra vez que buscan una vida cristiana intensa y quisieran ser miembros activos de la Iglesia, pero no pueden serlo porque la disciplina actual les aparta de la vida sacramental.

Una situación pública

El punto crucial es, por tanto, la dimensión permanente y pública de la segunda unión, que viene a negar el carácter indisoluble de la primera. En la *Familiaris consortio* (nº 84), el Papa hace alusión también a “otro motivo pastoral particular”, el riesgo de escándalo, a saber, si se admitiera a estas personas a la eucaristía, los fieles serían reducidos a error y comprenderían mal la doctrina de la Iglesia en este punto.

Desde el punto de vista de la responsabilidad moral, conviene distinguir, por una parte, la gravedad respecto a la ruptura del primer matrimonio; y, por otra, la instauración de un nuevo vínculo. Curiosamente, los documentos oficiales no dicen nada del primer aspecto del problema y están polarizados en el eventual segundo matrimonio. Si hay culpa a causa de la separación, esta culpa puede ser absuelta y no crea un problema insuperable.

A los fieles casados de nuevo, los documentos oficiales no los califican de “pecadores públicos”, sino que, más bien, hablan de “contradicción objetiva” entre la vida de los esposos en el segundo matrimonio y la ley divina. Su estado de vida no permite a la Iglesia considerarlos como miembros en plenitud. La formulación actual intenta considerar sólo los hechos, sin presuponer una necesaria imputabilidad moral.

La responsabilidad moral

Sin embargo, la Declaración del Consejo pontificio para la interpretación de los textos legislativos de 24 de junio del 2000 afirma que el canon 915 se aplica a la situación de los fieles divorciados vueltos a casar. Este canon dice: “No deben ser admitidos a la sagrada comunión, los excomulgados y los que están en entredicho (...), y los que obstinadamente persisten en un manifiesto pecado grave”.

La Declaración habla de “pecado grave, entendido objetivamente”, de “situación objetiva de pecado”, de su “carácter manifiesto”. Subraya las condiciones objetivas de vida de aquellos fieles, pero tiende a presuponer un pecado personal. Más adelante dice que “recibir el Cuerpo de Cristo, siendo públicamente indigno, constituye un daño objetivo para la comunión eclesial, pues es un comportamiento que atenta a los derechos de la Iglesia y de todos los fieles...”. Y concluye que la situación de esos fieles está “en contradicción objetiva con la comunión de amor entre Cristo y la Iglesia”. Viven en “situación objetiva de pecado”, son calificados de indignos.

El recurso a la conciencia personal no basta

Dado el límite de todas las propuestas de solución, parece que sólo se puede pensar en el recurso a la conciencia personal de los fieles divorciados vueltos a casar. Así lo afirma la carta de los obispos alemanes del Rin superior²: “En el diálogo pastoral clarificador entre la pareja vuelta a casar y un sacerdote, puede hacerse evidente, en un caso determinado, que ambos cónyuges (o uno sólo de ellos) pueden ser autorizados en conciencia a participar en la Mesa del Señor (canon 843,1). Se trata del caso del todo particular en que se tiene la convicción de conciencia de que el matrimonio anterior,

² Ver *Selecciones de Teología* 132 (1994) 348-349 (N.R.).

irremisiblemente fallido, nunca había sido válido (cf. *Familiaris consortio*, n° 84). Semejante es el caso de aquellas parejas que ya han hecho un largo camino de meditación y de penitencia. Además, es preciso tener en cuenta el posible e insoluble conflicto de deberes, cuando el abandono de la nueva familia provocaría una grave injusticia. Una tal decisión puede ser tomada sólo, para cada caso concreto y en conciencia”.

La respuesta no tardó en llegar. La Congregación de la Doctrina de la Fe, en una Carta sobre este tema, en 1994, precisa: “La convicción errónea, de parte de un divorciado vuelto a casar, de poder acceder a la Comunión eucarística, presupone normalmente que se le atribuye a la conciencia personal el poder de decidir, en último análisis, sobre la base de su propia convicción, de la existencia o no del anterior matrimonio y del valor de la presente unión. Pero no se puede admitir semejante atribución (canon 1085,2). En efecto, el matrimonio, en tanto que imagen de la unión esponsal entre Cristo y su Iglesia, y núcleo básico y factor importante de la vida de la sociedad civil, es esencialmente una realidad pública”.

Soluciones propuestas por la Iglesia

La primera solución consiste en presentar ante los tribunales eclesiásticos un procedimiento de declaración de nulidad del primer matrimonio. Si llega a buen término y el primer vínculo es declarado inválido, el camino queda libre para una nueva unión, considerada jurídicamente como la primera. El derecho canónico ha facilitado la tarea de los jueces, estableciendo "normas en virtud de las cuales *la sola declaración de las partes* puede constituir una prueba suficiente de nulidad, siempre que esta declaración correspondientes a la circunstancias de la causa ofrezca una garantía de plena credibilidad". Sin embargo, este procedimiento sólo podrá regular algunos casos individuales. No se puede considerar como una solución general satisfactoria.

La segunda solución consiste en romper la segunda relación. Más que resolver el problema, viene a suprimirlo, lo que marca su carácter utópico. Sobre todo, sabiendo que muchas veces hay un deber moral de mantener la segunda unión, por ejemplo, cuando han nacido hijos de esa unión.

La tercera consiste en mantener la segunda unión, pero pidiendo a la pareja que viva en continencia. Así se propone en la *Familiaris consortio* (n° 84). Esta solución es impracticable de hecho, pero ofrece el interés de mostrar dónde reside la dificultad. Ésta no proviene tanto de la segunda unión, cuanto de las relaciones sexuales que comporta.

Esto nos permite precisar la naturaleza de la falta que hasta ahora quedaba imprecisa. Parece doble: por una parte, se crea una situación pública y manifiesta, que supone la negación de la indisolubilidad del primer vínculo, y causa escándalo. Por otra, las relaciones sexuales que acompañan normalmente la segunda unión son tenidas como adulterio, y calificadas de pecado en el sentido propio del término.

INSATISFACCIONES SUSCITADAS POR ESTA DISCIPLINA

Las insatisfacciones son numerosas y de diversos órdenes. La primera concierne a los fundamentos bíblicos y tradicionales de esta doctrina y de esta disciplina, porque su interpretación no alcanza el más alto grado de certeza. La práctica de las comunidades cristianas no católicas es una especie de recuerdo constante.

Desde un punto de vista más existencial, la problemática actual ofrece el inconveniente de estar centrada sobre el nuevo matrimonio, y mira poco el divorcio en sí mismo. El hecho de que éste no sea objeto de sanciones eclesiásticas no significa que sea humana y cristianamente indiferente. Y, aunque no se siga un segundo matrimonio, la separación muestra el fracaso del primer vínculo y cuestiona la indisolubilidad más de lo que se dice habitualmente. Inversamente, la disciplina actual impide toda consideración positiva de la segunda unión, por cuestionar el valor indisoluble del primer matrimonio. Sin embargo, para las personas implicadas, la segunda unión es vista como una luz, después del horror del fracaso. La disciplina de la Iglesia considera la segunda unión como escándalo público y causa de pecado.

Son muchas las instancias eclesiales –incluso las más altas– que recomiendan una acogida franca y calurosa de los fieles divorciados vueltos a casar en las comunidades cristianas, recordando que no están excomulgados, y son invitados a la asamblea dominical. Pero a la vez se recuerda la imposibilidad de aceptarlos a la Mesa del Señor. La paradoja es mayor ahora cuando se redescubre la importancia de los sacramentos en la vida cristiana. Cuando sólo se hablaba de "instrumentos de gracia", podía recordarse que "Dios no está atado a los sacramentos" y otorga su gracia a quien quiere. Pero, al valorar la naturaleza eclesial y comunitaria de los sacramentos, y al insistir en su carácter estructurante para la vida cristiana, se tiene la impresión de un discurso esquizofrénico cuando, por una parte, se les invita a participar en la Iglesia y, por otra, se les excluye del corazón de la Iglesia, que es la eucaristía.

Además, nos encontramos con que hay sacerdotes que aplican una "pastoral de misericordia" y, responsablemente, admiten a los fieles divorciados vueltos a casar a los sacramentos de la Iglesia. Otros, en cambio, creen su deber mantenerse en la ley de la Iglesia. Con lo que nacen situaciones de injusticia: la solución depende de las buenas relaciones que uno pueda tener con uno u otro sacerdote. El problema se sitúa al nivel de la doctrina y disciplina eclesiásticas. Toda solución individual es insuficiente y crea situaciones de injusticia.

Pero la injusticia no sólo se sitúa en la acogida pastoral individual, sino que caracteriza a la misma disciplina eclesial, en la medida en que, en la práctica, éste es el único caso en el que la reconciliación sacramental se revela imposible. Existen situaciones, igualmente graves, desde el punto de vista de sus consecuencias, tan manifiestas y durables como el segundo matrimonio, como por ejemplo: la fabricación y el comercio de armas, la explotación de países económicamente débiles, la participación en sistemas sociales, políticos o financieros que no tienen escrúpulos en llevar a cabo prácticas injustas... En todas estas circunstancias un católico podrá reconocer sinceramente una falta puntual, sin que se le pida abandonar la empresa en la que trabaja. El aspecto durable, público y manifiesto de tales situaciones no parece conmover fuera de toda medida las conciencias, mientras que constituye un punto fuerte de la argumentación contra los fieles divorciados vueltos a casar. ¿Acaso es la relación al sexo el elemento predominante de la disciplina de la Iglesia y el adulterio, la falta por excelencia?

Algunas voces han llamado la atención sobre el hecho de que, según cual sea el ámbito de la actividad humana del que se trate, la Iglesia usa dos pesos y dos medidas. El sentimiento de injusticia proviene de que, aunque se reconozca en teoría que la situación de los fieles vueltos a casar no es la única que podría afectar a la pertenencia eclesial, de hecho es la única que recibe los constantes avisos de las más altas autoridades de la Iglesia.

Una concepción muy institucional del matrimonio

El matrimonio ha sido considerado de un modo muy institucional. No sólo en su naturaleza social, pública y manifiesta. La institución del matrimonio prima sobre la voluntad de los esposos.

Durante muchos siglos, en Occidente, y todavía hoy en muchas partes, el “casarse” tenía una connotación pasiva: uno “era casado” por su clan o sus padres, más que por su propia voluntad. Esta concepción ha prevalecido en Occidente hasta el s. XX. En esa mentalidad, la dimensión social e institucional del matrimonio es lo primero, y no está necesariamente ligada a la búsqueda de la felicidad. Lo más importante es la procreación, “el fin primero” del matrimonio.

Hoy día, son los esposos los que se eligen, porque se aman y esperan crecer en el amor. En caso de fracaso, desean eventualmente probar una segunda oportunidad con otro compañero. El divorcio ha cambiado de sentido; sigue siendo un fracaso matrimonial, pero abre la puerta a una nueva posibilidad de triunfar.

La visión personalista del matrimonio está recogida en la constitución conciliar *Gaudium et spes* (47-52). Y en el derecho actual se encuentran expresiones renovadas; por ejemplo, la definición de consentimiento, como “acto de la voluntad por el cual el varón y la mujer se entregan y aceptan mutuamente en alianza irrevocable para constituir el matrimonio” (Canon 1057,2). Pero el cuadro general de la reflexión apenas se ha modificado.

Desde esa perspectiva personalista, el proyecto de un amor comprometido para la vida y la permanencia del vínculo conyugal mantienen toda su importancia. Muchos jóvenes esperan que la Iglesia les apoye en su proyecto de amarse para toda la vida. Gustosamente eligen los textos evangélicos que hablan de la indisolubilidad del matrimonio. La Iglesia sólo puede proponer la palabra exigente de Cristo.

El problema surge cuando el vínculo conyugal, empezado con la firme voluntad de mantenerse y crecer, viene a romperse, y nace una segunda oportunidad.

Algunos autores no dudan, en semejantes casos, de hablar de la muerte del primer vínculo. Pero queda la palabra dada, la promesa intercambiada, una palabra que se quería eterna, que, al fallar, hace caer en la cuenta que no se había llegado a tenerla. El deseo de indisolubilidad estaba allí, pero ha sido experimentado como insostenible. “Indisoluble, pero destructible matrimonio”(F.Durrwell). Igualmente quedan las huellas en los corazones, en los hijos, en las familias, en los bienes... Todo esto habla del drama de la separación.

El discurso eclesial responde a una concepción esencialista, que afirma la persistencia del primer matrimonio, mientras que los fieles divorciados y vueltos a casar se han

comprometido, o desean hacerlo, en un segundo matrimonio. Quieren superar el fracaso y se les hace volver al lugar de su sufrimiento.

En esta situación, la pareja debería poder reconocer su fracaso, y tal vez el pecado que está en su origen. ¿Pero la Iglesia no podría integrar a su vez el reconocimiento del fracaso de un matrimonio, cuando todo el mundo por su parte lo lamenta?

La no-consideración del sacramento de la reconciliación

Ya se ha visto que no se les admite a la comunión eucarística por la imposibilidad de la absolución. Pero la literatura de esta temática apenas habla de estas cosas. Por desgracia, dada la desvalorización actual del sacramento de la reconciliación, su privación apenas se siente como una frustración. Con todo, esa omisión no deja de sorprender, vista la posición estratégica que tiene este sacramento en la lógica de la disciplina eclesial. Se constata que este sacramento ha derivado hacia lo individual, lo íntimo, lo psicológico. Entre las “verdades olvidadas del sacramento de la penitencia”, en expresión de K.Rahner, hay que citar en primer lugar su dimensión eclesial, y la reconciliación con la Iglesia, que es una de sus partes integrantes.

El desarrollo de la penitencia en la antigüedad

Hasta el s. III, el sacramento de la reconciliación era el bautismo. “Reconozco un solo bautismo para el perdón de los pecados”, afirma el Credo.

Las tensiones surgidas en el interior de las comunidades cristianas contribuyeron al desarrollo de lo que se llamaba “el segundo bautismo”, “la segunda tabla de salvación”, el sacramento de la penitencia.

Su desarrollo aparece como una búsqueda de regulación eclesial, y sobre todo de la reconciliación de los cristianos con la Iglesia bajo el efecto del perdón de Dios. Los cristianos de la primera época son tan sensibles como los de hoy a la misericordia de Dios, pero perciben más vivamente sus exigencias en los comportamientos eclesiales. Así se ha puesto en marcha un proceso sacramental, con la intervención de los ministros de la Iglesia. Este proceso comporta tres etapas:

La primera es la entrada en penitencia, para los cristianos que han cometido una de las tres faltas típicas: apostasía, adulterio o asesinato. La gravedad de su pecado hace que no se les considere miembros plenos de la comunidad cristiana y no pueden comulgar. Una celebración, presidida por el obispo, les abre a un *tiempo de conversión*, en el que reciben el status de penitente. Este segundo tiempo, marcado por celebraciones, se acompaña de exigencias ascéticas, que puede durar una cuaresma o más, enfocado a la fase final, a la reconciliación. Esta fase tiene lugar el Jueves santo, para que los penitentes reconciliados puedan participar de las fiestas pascales y a comulgar de nuevo. Esta celebración está presidida también por el obispo, y se considera como la expresión sacramental del perdón de Dios. Su efecto es la reintegración al seno de la comunidad cristiana. La comunión eucarística sella la comunión eclesial restaurada.

Este proceso eclesial comporta muchas ventajas. Supone una cierta duración. La conversión tiene tiempo de tomar cuerpo y adoptar comportamientos nuevos. Un

símbolo claro de ella es la peregrinación. El estatuto de penitente es por definición provisional. Todas las penas de esa fase son temporales.

Un segundo interés de este régimen reside en el reconocimiento de una diversidad de *status* eclesiales: catecúmeno, penitente y fiel. Los catecúmenos tenían un *status* especial: tienen el derecho al título de cristianos, pero aún no al de fieles. Recibirán este título al profesar la fe el día de su bautismo. Durante el tiempo de la mistagogía, mientras van descubriendo la vida cristiana en su plenitud, se llamarán neófitos. Como se ve hay un avance y una inserción progresiva en la Iglesia.

La tercera característica de esa marcha eclesial es la articulación entre la misericordia de Dios y las relaciones entre los cristianos. Esa misericordia no es puramente un don espiritual de Dios a un individuo, sino que el perdón de Dios se comprende como una exigencia de las relaciones interpersonales y estímulo de reconciliaciones fraternas.

Con el tiempo, la penitencia antigua se fue privatizando, de modo que la “confesión” se reduce a lo personal, a lo íntimo, sin ningún efecto eclesial. Esta evolución ha llevado a que hoy el sacramento, teóricamente destinado a la reconciliación de sus miembros, no se le tome en consideración cuando se trata efectivamente de reconciliación, como en el caso de los fieles divorciados casados otra vez.

Se argumenta la ausencia de contrición en las personas vueltas a casar, debido a la instauración de un nuevo compromiso, para justificar la imposibilidad de recurrir al sacramento de la reconciliación. Dicho nuevo compromiso es verificable; en cambio, la ausencia de contrición depende del foro interno. La relación entre ambos hechos no es tan evidente como se dice. Dependiendo de la conciencia, no puede suponerse *a priori* la ausencia de contrición. Habría que distinguir entre los divorciados casados efectivamente de nuevo y los que reconocen no haber podido vivir la promesa dada a su primer cónyuge, sin haberse comprometido en una segunda relación. Al no tomar en cuenta la importancia del sacramento de la reconciliación para los fieles divorciados vueltos a casar, y privarse de estas distinciones, se asimilan situaciones que habría que considerar de una manera específica.

HACIA UNA SOLUCIÓN

Ya hemos visto el nudo del problema. La dificultad no está en la teología de la eucaristía ni en el vínculo intrínseco entre la comunión eucarística y la comunión eclesial. Todavía se parte de una concepción demasiado esencialista y jurídica del matrimonio, sobre todo allí donde la dimensión interpersonal es lo más importante. La imposibilidad de la reconciliación de estos fieles se da porque el sacramento, cuya finalidad es la reconciliación, no juega su papel.

Se imponen dos necesidades: la de poder reconocer el fracaso, y la de recuperar la pertinencia eclesial del sacramento de la reconciliación.

El reconocimiento del fracaso, en la vida cristiana

El fracaso forma parte de la condición humana. Toda persona ha experimentado que los más bellos proyectos pueden no alcanzarse.

La primera exigencia es no identificar de entrada el fracaso con una falta o pecado. Como el error, el fracaso puede no ser culpable. El derecho ha elaborado la noción de homicidio involuntario, para distinguir entre el acto y su efecto mortal, por una parte, y la intención, por otra. Si incluso un asesinato puede no ser culpable, *a fortiori* otros actos, menos violentos. Ante el fracaso, se trata de valorar la parte de voluntad que implica.

El fracaso se padece más duramente en una sociedad, como la nuestra, que ensalza el éxito, los resultados y la eficacia. Mientras se consigan los fines, no se tienen demasiados escrúpulos con el valor ético de los medios. Los que no tienen éxito son fácilmente descalificados. En lo referente al matrimonio, el fracaso se produce en un dominio muy personal, que tiene una repercusión profunda en la propia imagen; lleva al menosprecio y desvalorización de uno mismo.

El contraste de la práctica eclesial actual con la visión evangélica sorprende. Las palabras de Jesús son: “no necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”(Mc 2,17). Y además hay que subrayar la dimensión escatológica de toda la vida cristiana, en el sentido en que el Reino anunciado, aunque ya está entre nosotros (Mt 12,28), aún no se ha cumplido totalmente (Mt 6,10). La Iglesia no se define como sociedad de perfectos, sino como una comunidad de pecadores perdonados, creyendo en la fuerza del perdón divino y en la Resurrección de Jesús, más allá de la muerte.

Se puede pensar que los cristianos no deberían tener dificultad en asumir el fracaso, ellos que son discípulos de un crucificado. Aparentemente, la vida de Jesús puede ser considerada como un fracaso: las muchedumbres, primero seducidas, luego le abandonan; Judas, “uno de los Doce”, le traiciona; Pedro le niega y los otros huyen en el momento del proceso contra Jesús. La Resurrección, aun transfigurando los hechos, no los elimina. El símbolo de los Apóstoles repite “padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”. La Última Cena se presenta como la reacción de Jesús ante su muerte y, en la celebración eucarística a cada aclamación de la anámnesis, se responde: “Anunciamos tu muerte”. En el corazón de la vida de la Iglesia, la eucaristía recuerda la realidad del fracaso siempre posible de los mejores proyectos humanos, pero también el camino de su transformación en el Espíritu, capaz de transformar el fracaso en vida.

Si la Iglesia pudiera reconocer la realidad del fracaso, asumirlo y acompañar a las víctimas, llegaría, mejor que hoy, a salir del conflicto entre justicia y misericordia.

La naturaleza eclesial del sacramento de la reconciliación

Ya hemos visto las circunstancias en las que el sacramento de la reconciliación se separó de su matriz bautismal, cuando graves conflictos entre cristianos hicieron necesario el establecimiento de un procedimiento de reconciliación. Aunque desde entonces, la disciplina penitencial haya evolucionado, ahora se podría “volver a las fuentes”. La Tradición dispone de recursos para afrontar la situación de los fieles divorciados vueltos a casar, mejor de lo que se hace hoy. Este sacramento guarda el recuerdo de una manera de proceder eclesial destinada a tomar conciencia de las situaciones de este tipo, articulando más fuertemente el perdón de Dios y la reconciliación fraterna.

La constitución *Lumen Gentium* escribe a este propósito: “Los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen el perdón de la ofensa hecha a Dios por la misericordia de éste y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia,, a la que, pecando, ofendieron, la cual con caridad, con ejemplos y con oraciones, les ayuda en su conversión”(L.G.11). Lo mismo afirma el nuevo *Rituale Romanum* (nº 5): "siguiendo el camino de la conversión, los cristianos manifiestan que el perdón de Dios exige la reconciliación de cada uno consigo mismo y con sus hermanos".

Al proponer el sacramento de la reconciliación a los fieles divorciados vueltos a casar, no se les asimila indistintamente a pecadores en el sentido estricto del término, pues el pecado se relaciona con la voluntad y esto depende del secreto de cada persona. Se toma nota de un grave fracaso en su existencia personal, en relación con un compromiso público y eclesial contraído el día de su matrimonio. Este fracaso podría relacionarse con el pecado.

El principio

Si se acepta la idea de un tiempo de conversión y de reconciliación, y la de los cristianos en comunión más o menos plena con la Iglesia, se podrá resolver duraderamente el espinoso problema de los fieles divorciados vueltos a casar. De la misma manera, se habrá encontrado un estatuto adecuado para cristianos implicados en otras situaciones, que les sitúan en ruptura pública con las exigencias evangélicas.

La solución que se quisiera preconizar desplaza el momento en que se plantea el problema. La disciplina actual lo sitúa en el momento en el que se compromete una nueva relación de tipo conyugal, lo que afecta a la manera de comprender el problema, porque lo que se valora en aquel momento es que el segundo matrimonio niegue la permanencia del primero. Esta manera de ver tiene el inconveniente de sancionar lo que, desde el punto de vista de las personas, aparece como una esperanza y el fin de sus dificultades, mientras que aquella disciplina eclesial les priva de todo acompañamiento al término del primer vínculo y de todos los sufrimientos que frecuentemente lo acompañan.

En la solución planteada, se trataría de considerar el fracaso del primer matrimonio y la indisolubilidad que le caracteriza. Desde el punto de vista de las personas afectadas, la Iglesia intervendría en los momentos más delicados, en ese tiempo de desconcierto y de sentimiento de fracaso, que es cuando las personas necesitan una ayuda y un acompañamiento. Este punto de vista se explica, teológicamente, por el hecho de que es el divorcio el que ataca la indisolubilidad. El divorcio es el que efectivamente pone fin al primer matrimonio. Un segundo vínculo confirma lo que el fin del primero había puesto de manifiesto. En el texto evangélico más explícito, la palabra de Jesús afecta a la separación y no directamente sobre las segundas nupcias (Mt 19,1-9).

El principio fundamental de la solución preconizada consiste, pues, en no esperar a un eventual segundo matrimonio para hacerse cargo de la situación eclesial de los divorciados. La indisolubilidad ha sido afectada por la disolución de la pareja, y en ese momento es cuando hay que afrontar el problema. El estatuto sería entonces el de cristianos que, provisionalmente, no están en comunión plena con la Iglesia, y a los que se les prohíbe comulgar. Para sobrepasar esta situación transitoria se contaría con la ayuda de un acompañamiento eclesial, que conduciría al sacramento de la

reconciliación, signo de la misericordia de Dios que restablece así a los cristianos en la comunión eclesial y les abre de nuevo a la comunión eucarística. El eventual compromiso en una segunda unión debería apreciarse a partir de aquí, y no exclusivamente a partir de la ruptura del primer matrimonio.

¿Qué acompañamiento?

¿En qué consistiría este acompañamiento? Se habría de crear una instancia de acogida, sea una persona cualificada –sacerdote o laico- o preferentemente un equipo, según las posibilidades locales y las necesidades. Una instancia oficialmente encargada por el obispo, en cada diócesis, de recibir y acompañar a cristianos y cristianas que, casados sacramentalmente, no han podido mantener la palabra dada libremente. Esas personas se encargarían de escuchar a los que vienen a encontrarles, y ofrecerles, en un primer momento, el consuelo de una presencia misericordiosa. Deberían enseguida favorecer un discernimiento, pues las situaciones individuales son diferentes en cada caso. Se pondrían en práctica las llamadas al discernimiento, tan frecuentemente enunciadas, especialmente por el mismo Papa en la *Familiaris consortio* (nº 84): “Los pastores, por amor a la verdad, están obligados a discernir las diversas situaciones. Hay una diferencia entre los que se han esforzado con sinceridad en salvar un primer matrimonio y han sido injustamente abandonados, y los que por una falta grave han destruido un matrimonio canónicamente válido. Se da también el caso de quienes han contraído una segunda unión en vistas a la educación de sus hijos, y tienen, en conciencia, la certeza subjetiva de que el matrimonio anterior, irremediablemente destruido, nunca había sido válido. Exhorto a los pastores y a la comunidad de fieles a ayudar a los divorciados vuelta a casar. Con una gran caridad, harán que no se sientan separados de la Iglesia, porque ellos pueden y deben, como bautizados, participar en su vida”.

Los criterios de discernimiento implican especialmente la manera, para los divorciados, de situarse frente al primer matrimonio y a los eventuales hijos. Han de encarar su deseo de conversión. Sería deseable que esta tarea desembocara en allanar las dificultades y en encontrar la paz. Han de servir para superar los resentimientos entre los esposos y a establecerlos en un clima de respeto mutuo y de mantenimiento de la amistad. Así se beneficiarán ellos mismos y sus hijos.

Este acompañamiento y discernimiento deberían llevar, normalmente, a que los divorciados que deseen proseguir su vida cristiana, se reconocieran provisionalmente en comunión no plena con la Iglesia. La duración de este tiempo se debería evaluar en función del conjunto de su situación y sobre todo de su deseo de llegar a la vida cristiana en plenitud.

En el transcurso del tiempo, deberán recibir el sacramento de la reconciliación. Se podría desear que esto ocurriera el Jueves santo, según la antigua tradición, para que puedan comulgar por Pascua, como los nuevos bautizados, o durante la misa crismal. Se tenga o no la reconciliación durante la Semana santa, sus nombres se deberían proclamar en la asamblea cristiana. Sería deseable que el obispo los nombrara, para significar públicamente su reconciliación con la Iglesia, y reconocer que son plenamente reintroducidos en la comunión eclesial y pueden de nuevo juntarse en la comunión

eucarística. Esta proclama sería comparable a la que hoy se hace en muchos lugares para los bautizos, matrimonios o funerales. Las formas litúrgicas se deberían precisar³.

Si posteriormente estas personas desearan comprometerse en una segunda alianza conyugal, su matrimonio debería poderse celebrar. Sería ilógico admitirlos a la eucaristía, el sacramento más importante, y excluirlos de otro. Como hacen los Ortodoxos, convendría reconocer el valor de su segunda unión. Reconocerlo como segundo, y encontrar formas litúrgicas menores, que manifiesten claramente la diferencia con el primero.

Indisolubilidad, fracaso, divorcio

¿Consiste esta solución en admitir el divorcio? De hecho, a la separación definitiva de los esposos casados válidamente el derecho civil lo llama precisamente divorcio. La solución propuesta no viene a admitirlo sin más, da fe de ello el procedimiento propuesto. Al contrario, considera que la indisolubilidad en la que los esposos estaban comprometidos, ha sido cuestionada por el carácter irremediable de su separación. En consecuencia, piensa que estos cristianos no están en comunión plena con la Iglesia. La solución no consiste en tolerar el divorcio, bajo la presión de los hechos.

La novedad consiste en dar lugar al fracaso, en la vida cristiana, y en reconocer que puede ser fuente de una experiencia humana y espiritual muy profunda. Y hace intervenir el sacramento que, según la tradición de la Iglesia, sirve para la reconciliación eclesial. Los cristianos en cuestión son invitados a caminar hacia la conversión frente al fracaso de su unión, y a encontrar, gracias a un acompañamiento eclesial y al recurso sacramental, su lugar pleno en la Iglesia. Volverán con todos sus derechos de bautizados, pero marcados por su vida de pareja y su fracaso, como también por la reconciliación eclesial, maravillosa obra de la gracia.

CONCLUSIÓN

La solución preconizada para mejorar el estatuto eclesial de los fieles divorciados vueltos a casar consiste en no esperar un segundo nuevo matrimonio para acompañar a quienes han celebrado su alianza en la comunidad cristiana y por un motivo grave no han podido realizar lo que habían esperado. Roto el matrimonio, se ha puesto en tela de juicio la indisolubilidad en su principio. En nuestra solución se reconoce el fracaso en la vida cristiana y la restauración de las consecuencias eclesiales del sacramento de la reconciliación. El acompañamiento debería hacerse cargo de la situación personal y eclesial de las personas afectadas, para llegar, en la medida de lo posible, a la reconciliación sacramental y a la plena reintegración en la Iglesia. Se abriría así el camino a una eventual segunda alianza.

La solución considerada vale para el futuro, para las personas que a partir de ahora se separarán. Si esta disciplina fuera recibida bien por la Iglesia, no sería difícil regular también la situación de los actuales fieles divorciados casados de nuevo, y encontrar

³ En nota a pie de página afirma el A.: Esta proclamación pública puede parecer molesta a la sensibilidad actual, pero es de la misma naturaleza que el anuncio público de un bautismo o el casamiento de unos esposos. Además, ¿no estarán los afectados contentos de escuchar una palabra pública declarando que la misericordia ha tenido efecto y que la comunión ha sido restaurada? (N.R.)

modalidades en función de las nuevas perspectivas. Para hacerse, se ha de valorar el compromiso humano y cristiano en su segunda alianza.

Tradujo y condensó: IGNACIO VILA